

MURCIA 3 DE JULIO DE 1898

EMPRESA DEL GAS LEBÓN

Aviso a los consumidores de gas y de electricidad

En vista de los aumentos considerables que sufren los precios de las primeras materias necesarias para la fabricación del gas y de la electricidad, aumentos debidos entre otras causas a la enorme alza de los cambios, esta Empresa se ve en la imprescindible necesidad de aumentar el metro cúbico de gas en «seis céntimos de peseta» y el del kilowatt de electricidad en «quince céntimos de peseta.»

Dichos aumentos regirán desde 1.º de Julio próximo y sufrirán las alteraciones que marquen las circunstancias, procurando siempre la Empresa favorecer en lo posible a los intereses de los señores abonados a quienes se avisará oportunamente.

Los abonados a gas por contador automático satisfarán a fin de cada mes aparte de lo depositado en el contador el aumento de «seis céntimos de peseta» por metro cúbico de gas consumido.

Los abonados a tanto alzado en electricidad serán aumentados en la misma proporción que el precio del kilowatt.

En dichos aumentos no van comprendidos los nuevos impuestos establecidos por la ley de presupuestos.

Murcia 30 de Junio de 1898.—Eugenio Lebón y Comp.ª.—PP. A. de Martínez. 3-3

EL COMBATE

DE

Santiago de Cuba

En el rudo, encarnizado combate que se ha librado en Santiago de Cuba, hay motivos para admirar una vez más, para encomiar y enaltecer como en justicia merece, el valor heroico, el valor extraordinario, con que nuestras fuerzas de mar y tierra han resistido todo lo humanamente posible el empuje de un enemigo muy superior por sus fuerzas, muy superior por los medios poderosos de ataque de que disponía.

La imprevisión, compañera inseparable por triste fatalidad o adverso sino de las empresas en que se halla empeñada la nación española, ha hecho que el combate se haya entablado sin la previa llegada de los refuerzos esperados, con fuerzas en lamentable inferioridad de número con respecto a las enemigas, aunque animadas del vigoroso y denodado espíritu que siempre fué la característica del soldado español, el más sufrido y valiente del mundo.

La bizarría de los nuestros, ha suplido en cuando ha sido posible a esas censurables deficiencias: hasta que abrumados por incontestable superioridad, frente a una artillería formidable, tuvieron que abandonar al enemigo las trincheras avanzadas, replegándose después de pelear con la bravura propia de nuestros soldados.

El número de bajas del enemigo, que el propio general americano Schafter hace ascender a cuatrocientas, es la prueba más elocuente del coraje, del encarnizamiento, del heroísmo con que contempian nuestras tropas su poderosísimo ataque.

Muy sensible, a juzgar por el telegrama oficial del general Blanco, las hemos sufrido nosotros: y entre ellas figura el valiente y pundonoroso general Linares, que ha resultado gravemente herido y que tuvo necesidad de hacer entrega del mando, a nuestro paisano el bravo general Toral.

El sangriento combate de Santiago de Cuba, no ha sido una derrota para nuestro ejército, tan energicamente secundado en su brillante defensa por los buques de la escuadra de Cervera, cuya certera metralla causaría mella en el enemigo: lo ha sido para los que

no lo han puesto en condiciones de resistir con fuerzas más proporcionadas a las del enemigo: que en tales condiciones, seguramente no se hubiera visto obligado a abandonar sus posiciones.

Admiremos el heroísmo de nuestros bravos: dediquemos un recuerdo y una oración a los que han muerto gloriosamente por la patria y por el deber: y deploramos la imprevisión funesta, que ha sido el mejor auxiliar para el norteamericano.

DESAGRADABLE PERSPECTIVA

Grande es el estado de agitación que reina en todas las esferas y organismos de la nación española. La situación de nuestras colonias en el presente período histórico y la de la misma Península encierra uno de los problemas más difíciles de solucionar. Las intrincadas cuestiones que tumultuariamente y de modo inevitable se agolpan y transparentan en el nebuloso horizonte de nuestro porvenir, hacen surgir a cada momento en nuestro ánimo luchas tremendas de desesperante ansiedad y convulso coraje, que nos mortifican con la amarga duda de un fin poco halagüeño en la suerte de nuestro destino.

Pueblos repletos de iniquidad é injusticia, que no tienen más ideal que el sueño dorado de las riquezas, armados con las poderosas fuerzas que la inventiva presta a la destrucción y montados en las alas de un fénix infame de codicia insaciable, nos acometen desapiadadamente sin más ley que la del odioso derecho de la fuerza, desafiándonos inhumana y sañudamente hasta reducirnos a la miseria. Y en esta horrorosa lid, en que el pueblo español se ve empeñado a batirse con una nación de las más potentes del mundo, a la par que tiene que hacerlo con numerosas hordas salvajes de indomables rebeldes, hállase completamente solo en la contienda y sin que nadie le preste ayuda ni auxilio contra los desafueros de avasalladora irrupción.

¿Qué mucho que España tenga que cejar en esta lucha tan desigual, sostenida en puntos tan opuestos y extensos del globo terráqueo y con fuerzas incalculables? ¡Solo el heroísmo de la famosa Iberia pudo llegar a contener esas numerosas falanges de enemigos que por todas partes nos acometen con indecible crueldad! España ha llegado hasta aquí, y aun cuando no pudiera llegar más adelante, supo escribir, sin embargo, con la sangre de sus héroes una página de oro en el libro de la historia.

Nada de particular, pues, tiene que nuestra política se halle agitada y reuelta en confuso tropel, que el erario público y nacional se encuentre exhausto y que la hacienda no pueda disponer de más recursos ni resistir mayores gravámenes de los que hoy pesan sobre ella.

Lo peor de todo es que los partidos gubernamentales se suceden apresurada y desordenadamente, sin que se deje traslucir ni una solución adecuada ni una satisfactoria esperanza. La perspectiva de nuestra patria se halla rodeada y ceñida de un sudario de zozobras y tristezas y aherrojada por una cadena de dislacerantes y acerados eslabones que a cada instante nos oprimen y arrancan de nuestro corazón ayes desgarradores y lamentos sin consuelo.

Muchos sistemas políticos pululan en nuestro país y muchos trazados y soluciones teóricas se plantean en el círculo de nuestra nacionalidad; pero ninguno de ellos satisface, por desgracia, las más exigidas necesidades de que se halla hoy abrumada nuestra España.

No carecemos de estadistas, guerreros, ni de hombres públicos, pero tampoco hallamos al que hemos menester para salvarnos del conflicto bélico y financiero en que nos vemos sumidos. Ni una idea, ni un hombre, ni un procedimiento se encuentra que nos ponga a flote en este naufragio que va precipitándonos en las profundidades de la ruina.

A donde quiera que miremos solo divisamos en lontananza una tempe-

dad que amaga nuestros intereses, nuestras vidas y nuestras esperanzas. Todas las energías se agotan, los sistemas y partidos se desacreditan y los hombres y personajes se gastan y el conflicto permanece en pie amenazando cada vez con mayores proporciones.

Estos tristes presentimientos no son hijos de ilusorios peligros, sino que desdichadamente tienen un fundamento harto visible y desgarrador.

La situación es apurada, y solo Dios puede salvarnos de este colosal é inminente peligro. Acudamos a él y pidámosle para que nos mire con ojos de piedad. Apoyemos nuestras oraciones en el trípode del saber, de la virtud y de la religiosidad, y auxiliados de la constancia y del trabajo hallaremos la incógnita del árduo problema que nos preocupa.

CONSAGRACION

DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE AVILA

(CONCLUSIÓN)

Preparativos

Por los capellanes del consagrado se tendrán dispuestos los guantes, la mitra, el solideo.

Otro clérigo preparará agua bendita en un vaso, y un aspersorio.

Tambien tendrán preparado el báculo pastoral.

El consagrante, dada la bendición se retira del altar para que se coloque el faldistorio, en el que después se sentará vuelto de espaldas al altar, asistidos por dos capellanes con pontifical y palmaria.

El consagrado

En medio de los dos obispos asistentes, que van con mitras, se dirige el consagrado al altar, reverencian la cruz y al consagrante y se arrodilla ante él.

Uno de los capellanes, coloca entonces al consagrado el solideo.

Bendición de la mitra

El consagrante bendice después la mitra del consagrado, si no estuviere bendita de antes.

Imposición de la mitra

El consagrante toma después la mitra del consagrado y con los dos obispos asistentes, que tienen cada uno una cinta de las que penden de la mitra, se la imponen al consagrado diciendo «Imponimus» etc.

Bendición é imposición de los guantes

Uno de los capellanes del consagrante, quita el anillo al consagrado y lo retiene.

El consagrante bendice los guantes si de antes no lo estuviere y ayudándole los asistentes los colocan en las manos del consagrado, primero el de la mano derecha y luego en el de la izquierda, diciendo «Circunda» etc.

Después el consagrante coloca el anillo al consagrado.

El báculo

Después se levanta el consagrante y por él y por el primer asistente, se coloca al consagrado en el faldistorio, entregándole el consagrante el báculo pastoral y retirándose hacia el lado del Evangelio y entona el «Te-Deum».

Se levanta el consagrado, va hacia donde están los asistentes y reverencian la cruz y al consagrante.

Bendición

Los asistentes llevando en medio al consagrado, el cual al salir del presbiterio, por la iglesia bendice al pueblo.

Cuando vuelven al altar, reverencian otra vez la cruz.

El consagrante

Al canto del versículo «Te ergo» etc. el consagrante se arrodilla en el almohadon puesto sobre el supedáneo.

Después del canto

Concluido el canto del «Te-Deum»

el consagrante entonará la antifona «Firmetur manus tua» etc. y otras.

Bendición del consagrado

Terminadas de cantar las anteriores, oraciones el consagrado deja el báculo se levanta del faldistorio (que colocará enseguida un clérigo en el lado de la epístola), se vuelve al altar, lo besa y dá la bendición cantando «Sit nomen» etc. y antes de decir «Pater» y mientras se vuelve al pueblo, toma el báculo.

Después de la bendición

Dada la bendición, el consagrante se cubre con la mitra como igualmente harán los asistentes que permanecen en su sitio con el consagrante vueltos al lado de la Epístola.

El consagrado puesto de mitra y de báculo se arrodilla ante el consagrante y aquel cantará «Ad multos annos».

Esto lo repite segunda vez en medio del altar y por tercera vez ante el mismo consagrante; entonces el consagrado se levanta, entrega el báculo a uno de sus capellanes y abraza al consagrante y a los dos asistentes.

El último Evangelio

Después del abrazo el consagrado toma el báculo pastoral y entre los asistentes baja del altar y vueltos a este, reverencian la Cruz y al consagrante, marchan a la capilla del consagrado, dejan tanto este como los asistentes el báculo y la mitra, saludan la Cruz, sube el consagrado al altar y recita el último Evangelio.

El consagrante contestando el saludo del consagrado y de los asistentes, se vuelve al altar, quítase la mitra y recita el último Evangelio.

Término de la ceremonia

Recitado el último Evangelio el consagrado toma otra vez la mitra y el báculo pastoral; los asistentes toman la mitra y se colocan ante los escafos vueltos de espaldas al altar.

El consagrante toma la mitra, recibe el báculo, baja del altar, saluda la Cruz, vuélvese hacia el consagrado y los asistentes, los saluda y marcha a su trono, donde quitándose los ornamentos sagrados se viste los hábitos que usó a su entrada en la iglesia.

El consagrado, se sienta, se quita también los ornamentos sagrados, toma después la mantaleta y muéstrala, sobre la que se coloca la cruz pectoral, y se pone el anillo en el dedo.

Lo mismo hacen los obispos asistentes, una vez vestido el consagrante, estando ante él dos de sus capellanes, con el canon y la palmaria y el consagrado a uno de sus capellanes con el canon, leen las preces de acción de gracias.

Durante este tiempo por los cubicularios respectivos se les quitarán a todos los obispos las sandalias y caligas y se les pondrá el calzado usual.

Oración

Después tanto el consagrante como el consagrado y asistentes se dirigen al altar y puestos de rodillas, oran brevemente.

Visita al Santísimo

Después se levantan, van al altar del Santísimo y arrodillados ante él, hacen oración.

Terminado se dirigen con el mismo orden y acompañados del clero, hasta la puerta de la iglesia, a sus respectivos domicilios.

J. de S. G.

NOTICIAS PÓSTUMAS

El hijo ha muerto en Cuba.

Se ha recibido el parte oficial y el rizo de negros cabellos que el cortés antes de morir para que se remitiera a sus ancianos padres.

Todo es luto y desolación en aquel hogar medio extinguido.

El padre llora. La madre... ya no llora siquiera; espera la muerte.

Y hé aquí que un día oyóse la voz de Juan el peaton, que dice en aquella puerta sin puerta: ¡A la paz de Dios!

El peaton trae una carta; perdida en aquella tremenda inmensidad de epístolas nimias, rogadas con lágrimas y

cubiertas de besos, que vienen del teatro de la guerra.

Es antigua, viejísima; tiene un año de fecha. El padre la dá vueltas entre sus dedos toscos y pregunta con voz que parece un sollozo: «¿La leemos?»

Y la madre suspira: «Sí».

El viejo tiembla y casi reza. Por fin murmura:

«Queridos padres: Sabrán que me han ascendido a cabo por mi conducta y por no sé qué valentía que dicen que hice en un encuentro con los pícaros enemigos de España.

«Yo me acuerdo mucho de «todos». La verdad, cuando pienso lo lejos que estoy del pueblo, lloro á veces como cuando era pequeño en los brazos de madre. Pero luego todo pasa. Hay que sufrir por la patria, dice el sargento Fernández.

«Dicen que esto pronto se acaba, pero se me figura que «ya pa» rato.

«Don memorias á todos y reciban un abrazo de su hijo que les quiere y desea verles...» «Andrés».

«Y la fiesta, cómo estuvo? ¿Sonaron las campanas? ¿Se juntaron ustedes en el sotillo?»

El padre calla.

Y las campanas suenan entonces con un son lastimero, como si vibrara en sus notas un dolor sin esperanza.

La madre fija sus ojos en la pared ennegrecida. Allí Andrés, de pequeño, escribió con la punta del badil, sobre el hollín, con infantiles rasgas, estas solas palabras:

«Aquí estaré siempre.»

ANTONIO ZOZAYA

Sección Religiosa

Mes de Julio

Consagrado al Sagrado Corazon

de Maria

Santos para mañana

San Ulrico ob. —Nació el año 863 en Saavie, de padres muy nobles y distinguidos.

Era su padre el conde Iluceldo y su madre Tieberga, hija de Aucardo, duque de Alemania.

A los siete años de edad lo enviaron sus padres al célebre monasterio de San Gato donde hizo tan notables progresos en sus estudios que causaron la admiración de sus profesores.

Después abrazó el estado eclesiástico y el obispo de Ausbourg le promovió en el primer canonizado que vacó en su iglesia.

Determinó hacer un viaje á Roma y el papa, prendado de su virtud y sabiduría, a la muerte del obispo de Ausbourg, A baron, lo elevó a la silla episcopal.

Pasaba el santo, fuera de las horas que ocupaba en dirigir los asuntos de su diócesis, en continua oración.

Los p-b es, entre los que repartió sus rentas y patrimonio encontraron en él, el consuelo de sus penas.

Reedificó la iglesia de Santa Afra, que los barbaros destruyeron.

Las vigiliias y penitencias, y más que todo su avanzada edad, consumieron las pocas fuerzas que al Santo obispo le restaban, y el día 4 de Julio del año 973; mandó que le echasen sobre un monton de ceniza bendita en forma de cruz y expiró con admirable tranquilidad a la edad de ochenta años.

El Papa Juan XV le canonizó por medio de una Bula publicada en el concilio de Letrán el año 993.

Yace su cuerpo en la iglesia de Santa Afra, en la ciudad de Ausbourg.

Atenas: San Laureano arz de Sevilla español 544.—Beato Gaspar Bono español 1604.—Sta. Isabel reina de Portugal, española 1336.—San Juveniano mr, africano 300.—Sios. Iuocencio, Sebastian y 30 comps; mártires persas 250.—San Teodoro, ob. y mr, de Libia 310.—San Flaviano ob. y cr. de Antioquia 518.—San Elias ob. y cr. arabe 518.

El oficio y misa son del Beato Gaspar de Bono, rito color color blanco, como oración de la Octava

Cantos

En la Catedral.—Los oficios por la mañana á las 8; después de Tercia, Misa Sexta y Nona.

Por la tarde á las 4 y media.

Vela y Alumbrado

Estará mañana en Capuchinas por D. Josefa Arce de Rquelme, marquesa de Corvera.

Se descubra por la mañana á las 8 y se reserva por la tarde á las 6 y media.

